

tigar. Así está el país que es un dolor...; todo tan perdido... ¡Hay más miseria...!, y las patatas á seis reales arroba, cosa que no se ha visto nunca.»

Púsose la viuda en movimiento con aquella actividad valerosa que le había proporcionado tantos éxitos en su vida, y Fortunata y Papitos quedaron encargadas de hacer el almuerzo. A la hora de éste, volvió doña Lupe sofocada, diciendo que Samaniego, el marido de Casta Moreno, se hallaba en peligro de muerte y que por aquel lado no podía hacerse nada. Casta no estaba en disposición de acompañarla á ninguna parte. Tocaría, pues, á otra puerta, yéndose derechita á ver al Sr. de Feijóo, que era amigo suyo y había sido su pretendiente, y tenía gran amistad con D. Jacinto Villalonga, íntimo del ministro de la Gobernación. A poco llegó D. Basilio diciendo que Maxi no venía á almorzar. «Ha ido con D. León Pintado á ver á no sé qué personaje, y tienen para un rato.»

Fortunata determinó volverse á su casa, pues tenía algo que hacer en ella, y repitiéndole á Papitos las varias disposiciones dictadas por la autócrata en el momento de su segunda salida, se puso el mantón y cogió calle. No tenía prisa y se fué á dar un paseito, recreándose en la hermosura del día, y dando vueltas á su pensamiento, que estaba como el Tío Vivo, dale que le darás, y torna y vira... Iba despacio por

la calle de Santa Engracia, y se detuvo un instante en una tienda á comprar dátiles, que le gustaban mucho. Siguiendo luego su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad, de estar sola y suelta siquiera poco tiempo. La idea de poder ir adonde gustase la excitaba, haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en un sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando á los pobres que encontraba, que no eran pocos... Y anda que andarás, vino á hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en su casa. ¿Qué iba ella á hacer en su casa? Nada. Convenía le sacudirse, tomar el aire. Bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas. ¡Qué gusto poder coger de punta á punta una calle tan larga como la de Santa Engracia! El principal goce del paseo era ir solita, libre. Ni Maxi, ni doña Lupe, ni Patricia, ni nadie podían contarle los pasos, ni vigilarla ni detenerla. Se hubiera ido así... sabe Dios hasta dónde. Miraba todo con la curiosidad alborozada que las cosas más insignificantes inspiran á la persona salida de un largo cautiverio. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, recreándose con sus propias ideas. ¡Qué bonita, *verbigracia*, era la vida sin cuidados, al lado de personas que la quieren á una y á quien una quiere...! Fijóse en las casas del barrio de las Virtudes, pues las ha-

bitaciones de los pobres le inspiraban siempre cariñoso interés. Las mujeres mal vestidas que salían á las puertas y los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle atraían sus miradas, porque la existencia tranquila, aunque fuese obscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante vida no podía ser para ella, porque estaba fuera de su centro natural. Había nacido para menestrala; no le importaba trabajar *como el obispo* con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla á vida distinta; después la trajeron y la llevaron diferentes manos. Y por fin, otras manos empeñáronse en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la casaban..., y tira y dale. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible, desconocida, y á la cual no sabía dar nombre.

Ocurrióle si no tendría ella *pecho* alguna vez, quería decir iniciativa..., si no haría alguna vez lo que le saliera *de entre sí*. Embebecida en esta cavilación llegó al Campo de Guardias, junto al Depósito. Había allí muchos sillares, y sentándose en uno de ellos, empezó á comer dátiles. Siempre que arrojaba un hueso, parecía que lanzaba á la inmensidad del pensar general una idea suya, calentita, como se arroja la chispa al montón de paja para que arda.

—Todo va al revés para mí... Dios no me hace

caso. Cuidado que me pone las cosas mal... El hombre que quise, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser señorito rico, para que me engañara y no se pudiera casar conmigo... Luego, lo natural era que yo le aborreciera... Pues no, señor: sale siempre la mala, sale que le quiero más... Luego lo natural era que me dejara en paz, y así se me pasaría esto; pues no, señor: la mala otra vez; me anda rondando y me tiene armada una trampa... También era natural que ninguna persona decente se quisiera casar conmigo; pues no, señor: sale Maxi y... ¡tras!, me pone en el disparadero de casarme, y nada, cuando apenas lo pienso, bendición al canto... ¿Pero es verdad que estoy casada yo?...

VI

Miraba el hueso del dátil que se acababa de comer, y como si el hueso le dijera que sí, hizo ella un signo afirmativo y algo desconsolado... «¡Vaya si lo estoy!» Quedóse tan profundamente ensimismada, que olvidó dónde estaba. Pero levantándose de repente, echó á andar hacia abajo, como los que llevan en el cerebro ese cascabel que se llama *idea fija*. Había subido la lengua calle con aires de paseante, distraída, alegre, vago el mirar; bajábala como los monomaniacos. Al llegar frente á la iglesia, sacóla de

este embebecimiento un ruido de pasos que sintió tras sí. «Estos pasos son los suyos—pensó;—pues lo que es yo no miro para atrás. ¿Qué haré? Aprisita, aprisita.»

La curiosidad pudo más que nada, y Fortunata miró; no era. Más adelante sintió otra vez pasos persistentes, y vió una sombra que se extendía por la calle, paralela á su sombra. Aquel sí era... ¿Miraría? No; más valía no darse por entendida... Por fin, la pícara curiosidad... Miró, y tampoco era. Al llegar á su casa estaba más tranquila. Cuando Patria abrió la puerta, le preguntó: «¿Ha venido alguien? ¿El señorito está?...»

—El señorito no viene hasta la noche. Mandó un recado para que no le esperase usted.

Y la taimada gata se sonreía de un modo tan zalamero, que Fortunata no pudo menos de preguntarle: «¿Quién está ahí?»

Volvió á sonreír Patricia con infernal malicia, y... «¿Qué..., pero qué...?», balbució la señora acercándose de puntillas á la puerta de la sala. Empujóla suavemente hasta abrir un poquito. No veía nada. Abrió más, más... Estaba pálida como si se hubiera quedado sin sangre... Abrió más..., acabáramos. En el sofá de la sala, tranquilamente sentado... ¡Dios!, *el otro*. Fortunata estuvo á punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja ó un velo que sube.

No dijo nada. Él, pálido también, se levantó y dijo claramente: «Adelante, *nena*.»

Fortunata no daba un paso. De repente (el demonio explicara aquello) sintió una alegría insensata, un estallido de infinitas ansias que en su alma estaban contenidas. Y se precipitó en los brazos del Delfín, lanzando este grito salvaje: «¡Nene!... ¡Bendito Dios!»

Olvidados de todo, los amantes estuvieron abrazados largo rato. La prójima fué quien primero habló, diciendo: «Nene, me muerdo por ti...»

—Ven acá—dijo Santa Cruz cogiéndola por un brazo. Dejábase llevar ella, como la cosa más natural del mundo. Franquearon la puerta de la casa, que estaba abierta. Y la del cuarto de la izquierda, ¡qué casualidad!, abierta también. Luego que pasaron, alguien cerró. En aquella morada reinaba una discreción alevosa. Juan la llevó á una salita muy bien puesta, junto á la cual había una alcoba perfectamente arreglada. Sentáronse en el sofá y se volvieron á abrazar. Fortunata estaba como embriagada, con cierto desvarío en el alma, perdida la memoria de los hechos recientes. Toda idea moral había desaparecido como un sueño borrado del cerebro al despertar; su casamiento, su marido, las Micaelas, todo esto se había alejado y púesose á millones de leguas, en punto donde ni aun el pensamiento lo podía seguir. Su amante

le dijo con simpática voz: «¡cuánto tenemos que hablar!», y á ella le entró una risa convulsiva, que difícilmente podría expresarse: «Ji, ji, ji... ¡Tres años!... No, más años, más, porque ji, ji, ji... ¿Ves cómo tiemblo? No sé lo que me pasa...; pues sí, más tiempo, porque cuando estuve aquí con, ji, ji, ji..., *Juárez el Negro*, te vi y no te vi..., y siempre él delante; y un día que le dije que te quería, sacó un cuchillo muy grande, ji, ji, ji... y me quiso matar... Yo muriéndome por hablar-te, y él que no..., que no... Nuestro *nenén* muerto, y yo más muerta, ji, ji; y en Barcelona me acordaba de ti y te mandaba besos por el aire, y en Zaragoza... besos por el aire..., ji, ji, y en Madrid lo mismo. Y cuando me metieron en el convento, también..., ji, ji, ji..., besos por el aire..., y tú sin acordarte de mí, malo...»

—¡Sin acordarme! Desde que volví de Valencia te estoy dando caza... ¡Lo que he pasado, hija! Ya te contaré. Y al fin te he cogido..., ¡ah, buena pieza! Ahora me las pagarás todas juntas... ¡Cuánto me has hecho sufrir!... ¡Más mal-diciones le he echado á ese dichoso convento!... Pero qué guapa estás, nena.

—*Chi*.

—Estás hermosísima.

—*Chi*..., para ti.

El frío aquel de fiebre se trocó de improvviso en calor violentísimo, y la risa convulsiva en explosión de llanto.

—No es día de llorar, sino de estar alegre.

—¿Sabes de qué me acuerdo? De mi *nenén* tan gracioso... Si hubiera vivido, le habrías querido tú, ¿verdad? Me parece que le veo cuando se le llevaron en la cajita azul... Aquella misma noche fué cuando Juárez el Negro me sacó un cuchillote tan grande, y me dijo con aquel voce-rón: «Brr... son las ocho; reza lo que tengas que rezar, porque antes de las nueve te mato.» Estaba furioso de celos... ¡Ay, qué miedo tan atroz!

—¡Cuánto tenemos que contar!..., yo á ti, tú á mí. Ya sé que te has casado. Has hecho bien.

Este *has hecho bien* le cayó á la prójima como una gota fría en el corazón, trayéndola brusca-mente á la realidad. Enjugando sus lágrimas, se acordó de Maxi, de su boda; y su casa, que se había alejado cien millones de leguas, se puso allí, á cuatro pasos, fúnebre y antipática. El rechazo de su alma ante este fenómeno le secó en un instante todos las lágrimas.

—¿Y por qué hice bien?

—Porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción. He oído que tu marido es un buen chico, que ve visiones...

Al oír esto, vió Fortunata levantarse en su espíritu la imagen ideal, ó más bien, el espectro de su perversidad. Lo que acababa de hacer era de lo que apenas tiene nombre, por lo muy extraordinario y anormal, en el registro de las

maldades humanas. El lugar, la ocasión, daban á su acto mayor fealdad, y así lo comprendió en un rápido examen de conciencia; pero tenía la antigua y siempre nueva pasión tanto empuje y lozanía, que el espectro huyó sin dejar rastro de sí. Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacía, á juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del Universo, la salida del sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni intentaba atenuar su responsabilidad, porque ésta no la veía muy clara; y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía ante ninguna consecuencia, y se *conformaba*, tal era su idea, *con ir al infierno*.

—Esto de alquilar la casa próxima á la tuya —dijo Santa Cruz,—es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. ¡Cuando supe que habías venido á Madrid, me entró un delirio...! Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; á la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo..., caí.

—¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparcíó sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado á quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle.

—¡Qué guapo estás!

—¿Pues y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

—¡Ah!, no—repuso ella con cierta coquetería.—¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quiá!, no lo creas: yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.

—¡Pueblo! Eso es—observó Juan con un poquito de pedantería;—en otros términos: lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir á buscarlos al bloque, á la cantera del pueblo.

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

—Me parece mentira—dijo él—que te tengo aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y

que puedo pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...

—Quita allá..., ¡perdón!—exclamó la joven anegándose en su propia generosidad.—Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

En el mismo instante alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes palabras:

—Mi marido eres tú...; todo lo demás..., ¡papas!

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oír expresión tan atrevida. Por corresponder, iba él á decir *mi mujer eres tú*; pero envainó su mentira, como el hombre prudente que reserva para los casos graves el uso de las armas.

VII

Ya de noche pasó Fortunata á su casa. Su marido no había llegado aún. Mientras le esperaba, la pecadora volvió á ver el espectro aquel de su perversidad; pero entonces le vió más claro, y no pudo tan fácilmente hacerle huir de su espíritu. «Me han engañado—pensaba,—me han llevado al casorio, como llevan una res al matadero, y cuando quise recordar, ya estaba degollada... ¿Qué culpa tengo yo?» La casa estaba á obscuras y encendió luz. Al arrojar la

cerilla en el suelo, esta cayó encendida, y Fortunata la miró con vivo interés, recordando una de las supersticiones que le habían enseñado en su juventud. «Cuando la cerilla cae encendida—se dijo—y con la llama vuelta para una, buena suerte.»

Maxi entró cansado y meditabundo; pero al ver á su mujer se puso alegre. ¡Todo un día sin verla! Le había traído un paquete de rosquillas. ¿Y Juan Pablo? Al fin se arreglaría todo. Seguramente no iba á las islas Marianas; pero quizás le tendrían en el Saladero quince ó veinte días. «Y merecido, hija. ¿Para qué se mete á buscarle el pelo al huevo?»

Mientras comieron, Fortunata contemplaba á su marido, más que en la realidad, en sí misma, y de este examen surgía un tedio abrumador, y la antipatía de marras, pero tan agrandada, tanto, que ya no cabía más. Y la perversa no trató de combatir aquel sentimiento; se recreaba en él como en una monstruosidad que tiene algo de seductora.

—Alma mía—le dijo su marido cuando acababan de comer,—veo con gusto que no te falta apetito. ¿Quieres que nos vayamos ahora á un café?

—No—replicó ella secamente.—Estoy rendidísima. ¿No ves que se me cierran los párpados? Lo que quiero es dormir.

—Bueno, mejor; yo también lo deseo.

Acostáronse, y el tiempo que aún estuvo despierta empleólo Fortunata en hacer comparaciones. El cuerpo desmedrado de Maxi le producía, al tocar el suyo, crispamientos nerviosos. Y también se dió á pensar en lo molesto y difícil que era para ella tener que vivir dos vidas diferentes, una verdadera, otra falsa, como las vidas de los que trabajan en el teatro. A ella le era muy difícil representar y fingir, por lo que su tormento se acrecía considerablemente. «No podré, no podré—pensaba al dormirse—hacer esta comedia mucho tiempo.» A la madrugada despertó después de un profundísimo y reparador sueño, y entonces le dió por llorar, haciendo cálculos, representándose con gran poder de la mente escenas probables, y condoliéndose de no poder ver á su amante á todas horas.

En los días siguientes, las escapadas al cuarto vecino tenían lugar á horas varias, cuando Maxi salía. Iba á estudiar con un amigo para tomar el grado, y además solía ir á la farmacia de Samaniego. Ya estaba acordado que tendría plaza en el establecimiento. Aunque sus ausencias eran *seguras*, ambos criminales determinaron poner el nido más lejos. En tanto, Patricia hacía lo que le daba la gana. Las disposiciones de Fortunata y aun de la misma doña Lupe eran letra muerta. Robaba descaradamente, y su ama no se atrevía á reprenderla. Santa Cruz, que era el autor de todo aquel fregado, no sa-

bía cómo arreglarlo cuando su amiga le consultaba. El plan más prudente era tomar otro cuarto y despedir luego á Patricia, dándole una buena propina para que se callara.

Algunos días el Delfin ofrecía regalos y dinero á su amante; pero ésta no quería tomar nada. Se le había encajado en la cabeza una manía estrambótica, de que ambos se reían mucho cuando ella la contaba. Pues la manía era que Juanito *no debía* ser rico. Para que las cosas fueran en regla, *debía* ser pobre, y entonces ella trabajaría *como una negra* para mantenerle. —Si tú hubieras sido albañil, carpintero ó, ponga por caso, celador del resguardo, otro gallo me cantara.—Vaya por dónde te ha dado ahora. —Y nada más.—No había medio de quitarle de la cabeza aquella corrección de las obras de la Providencia.

—En resumidas cuentas—le decía él,—eres una inocentona. Pero di, ¿no te gusta el lujo?

—Cuando no estoy contigo, me gusta algo, no mucho. Nunca me he chiflado por los trapos. Pero cuando te tengo, lo mismo me da oro que cobre; seda y percal, todo es lo mismo.

—Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?

—Nada; me lo puedes creer.—¿Ese alma de Dios te da todo lo que necesitas?—Todo; me lo puedes creer.—Quiero regalarte un vestido.—No me lo pondré.—Y un sombrero.—Lo con-

vertiré en espuerta.—¿Has hecho voto de pobreza?—Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más.

—Nada, enteramente primitiva—pensaba el Delfin;—el bloque del pueblo, al cual se han de ir á buscar los sentimientos que la civilización deja perder por refinarlos demasiado.

Un día hablaban de Maximiliano. «¡Infeliz chico!—decía Fortunata;—el odio que le he tomado, no es odio verdadero, sino lástima. Siempre me fué muy antipático. Me dejé meter en las Micaelas y me dejé casar... ¿Sabes tú cómo fué todo eso? Pues como lo que cuentan de que *manetizan* á una persona y hacen de ella lo que quieren; lo mismito. Yo, cuando no se trata de querer, no tengo voluntad. Me traen y me llevan como una muñeca... Y ahora, créete que me entran remordimientos de engañar á ese pobre chico. Es un angelón sin pena ni gloria. Dánme ganas á veces de desengañarle, y la verdad... Porque lo que es acariciarle, no puedo; se me resiste, no está en mi natural. Le pido á la Virgen que me dé fuerzas para cantar claro.

—¡A la Virgen!... ¿Pero tú crees?...—dijo Santa Cruz pasmado, pues tenía á Fortunata por heterodoxa.

—¿Pues no he de creer? Lo que me aconseja la Virgen siempre que le rezo con los ojos cerrados, es que te quiera mucho y me deje querer de ti... La tienes de tu parte, chiquillo...

¿De qué te espantas? Pues digo; yo le rezo á la Virgen y ella me protege, aunque yo sea mala. ¡Quién sabe lo que resultará de aquí, y si las cosas se volverán algún día lo que *deben ser!* Y si te hablo con franqueza, á veces dudo que yo sea mala... Sí, tengo mis dudas. Puede que no lo sea. La conciencia se me vuelve ahora para aquí, después para allá; estoy dudando siempre, y al fin me hago este cargo: *querer á quien se quiere no puede ser cosa mala.*

—Oye una cosa—dijo el Delfin, que se recreaba en las singularísimas nociones de aquel espíritu.—¿Y si tu marido descubriera esto y me quisiera matar?

—¡Ay!, no me lo digas... Ni en broma me lo digas. Me tiraba á él como una leona y le destrozaba... ¿Ves cómo se coge un langostino y se le arrancan las patas, y se le retuerce el corpaço y se le saca lo que tiene dentro?, pues así.

—Pero vamos á ver, nena: ¿No me guardas rencor por haberte abandonado, dejándote en la miseria, con tus *visperas* de chiquillo y en poder de *Juárez el Negro*?

—Ningún rencor te guardo. Entonces estaba rabiosa. La rabia y la miseria me llevaron con *Juárez el Negro*. ¿Crearás lo que te voy á decir? Pues me fuí con él por lo mucho que le aborrecía. Cosa rara, ¿verdad?... Y como no tenía un triste pedazo de pan que llevar á la boca, y él me lo daba, ahí tienes... Yo dije: «me vengaré

yéndome con este animal». Cuando tuve á mi niño, me consolaba con él; pero luego se me murió; y cuando reventó Juárez, como yo me pensé que ya no me querías, dije: «pues ahora me vengaré siendo todo lo mala que pueda».

—¿Pero qué ideas tienes tú de las maneras de tomar venganza?

—No me preguntes nada..., no sé... Vengarse es hacer lo que no se debe..., lo más feo, lo más...

—¿Y de quién te vengas así, criatura?

—Pues de Dios, de... de qué sé yo...; no me preguntes, porque para explicártelo, tendría que ser sabia como tú, y yo no sé jota, ni aprendo nada, aunque doña Lupe y las monjas, frota que frota, me hayan sacado algún lustre... enseñándome á no decir tanto disparate.

Santa Cruz estuvo un gran rato pensativo.

Un día hablaron también de Jacinta... No gustaba Juan que la conversación fuese llevada á este terreno; pero Fortunata, siempre que tenía ocasión, íbase á él derecha. A sus preguntas contestaba el otro evasivamente:

—Mira, nena, deja á mi mujer en su casa.

—Pues asegúrame que no la quieres.

—La quiero, sí..., ¿á qué engañarte?...; pero de una manera muy distinta que á ti. Le guardo todas las consideraciones que ella se merece, porque... no puedes figurarte lo buena que es.

Fortunata siguió inquiriendo con molesta curiosidad todo lo que quería saber respecto á la

intimidad de los esposos; pero el otro se escurría gallardamente, dejando á salvo, hasta donde era posible en aquel criminal coloquio, la personalidad sagrada de su mujer.

—La pobrecilla—dijo al fin—tiene una pasión que la domina, mejor dicho, una manía que la trae trastornada.

—¿Qué es?

—La manía de los hijos. Dios no quiere, y ella se empeña en que sí. De la pena que le causa su esterilidad, se ha desmejorado, ha enflaquecido, y hace algún tiempo que se está llenando de canas. Es ya pasión de ánimo. ¿Te enteraste de lo que pasó? Pues le dieron el gran timo. Tu tío José Izquierdo, de compinche con otro loco, le hizo creer que un chiquillo de tres años que consigo tenía, era nuestro Juanín. Mi mujer perdió la chaveta, quiso adoptarlo y nada menos que llevárnoslo á casa. Por pronto que se descubrió el enredo, no se pudo evitar que tu tío le estafase seis mil reales.

—*Tié gracia.* Ya sabía yo esa historia. El niño ese debe de ser el de Nicolasa, la entenada del tío Pepe. Nació seis días después que el nuestro, y era hijo de uno que encendía los faroles del gas... Pero no comprendo una cosa. A mí me parece que tu mujer debía de querer á ese nene por creerlo tuyo y aborrecerlo por ser de otra madre. Yo juzgo por mí.

—Calla, tonta, mi mujer se vuelve loca por

todos los niños del Universo, sean de quien fueren. Y al supuesto Juanín, bastara que le tuviera por mío para que le adorara. Ella es así; si no tienes tú idea de lo buena que es. ¡Pues si pariera!... Santo Cristo, no quiero pensarlo. De seguro perdía el juicio, y nos lo hacía perder á todos. Querría á mi hijo más que á mí y más que al mundo entero.

Quedóse Fortunata al oír esto risueña y pensativa. ¿Qué estaba tramando aquella cabeza llena de extravagancias? Pues esto:

—Escucha, nenito de mi vida, lo que se me ha ocurrido. Una gran idea; verás. Le voy á proponer un trato á tu mujer. ¿Dirá que sí?

—Veamos lo que es.

—Muy sencillo. A ver qué te parece. Yo le cedo á ella un hijo tuyo y ella me cede á mí su marido. Total, cambiar un nene chico por el nene grande.

El Delfín se rió de aquel singular convenio, expresado con cierto donaire.

—¿Dirá que sí?... ¿Qué crees tú?—preguntó Fortunata con la mayor buena fe, pasando luego de la candidez al entusiasmo para decir:—Pues mira, tú te reirás todo lo que quieras; pero esto es una gran idea.

El ilustrado joven se zambulló en un mar de meditaciones.

VIII

Las visitas á la casa de Cirila prosiguieron durante dos semanas; pero bien se demostró en la práctica que aquello no podía seguir, y tomaron otro cuarto. Patricia se había hecho insoportable, y doña Lupe, descolgándose en la casa á horas intempestivas, llevada de su afán de mangoñar, dificultaba las escapatorias de su sobrina. En tanto, Fortunata no trataba á Maximiliano desconsideradamente; pero su frialdad sería capaz de helar el fuego mismo. Habría preferido él mil veces que su mujer le tirase los trastos á la cabeza, á que le tratara con aquella cortesía desdeñosa y glacial. Rarísima vez se daba el caso de que ella le hiciese una caricia; para obtenerla, tenía Maxi que echarle memoriales, y lo que lograba era como limosna. Es que Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes que daba lástima verla fingir.

El joven farmacéutico tenía momentos de horrible tristeza, y cavilaba mucho. De tal estado pasó á la observación, desarrollándosele esta facultad de un modo pasmoso. Siempre que estaba en casa no quitaba los ojos de su mujer, estudiándole los movimientos, las miradas, los pasos y hasta el respirar. Cuando comían, le examina-

ba la manera de comer; cuando estaban en el lecho, la manera de dormir.

Fortunata no le miraba nunca. Este hecho, cuidadosamente observado, produjo en el infeliz muchacho indecible melancolía. ¡Haber comprado aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre para que se empleasen en mirar á una silla antes que en mirarle á él! Esto era tremendo, pero tremendo, y cierto día agitó su alma un furor insano; mas no quiso manifestarlo, y lo desahogó á solas mordiéndose los puños.

—¿Por qué no me miras?—le preguntó una noche, con semblante ceñudo.

—Porque...

No dijo más; se comió el resto de la frase. Dios sabe lo que iba á decir.

Bebía los vientos el desgraciado chico por hacerse querer, inventando cuantas sutilezas da de sí la manía ó enfermedad de amor. Indagaba con febril examen las causas recónditas del agrandar, y no pudiendo conseguir cosa de provecho en el terreno físico, escudriñaba el mundo moral para pedirle su remedio. Imaginó enamorar á su esposa por medios espirituales. Hallábase dispuesto, él que ya era bueno, á ser santo, y hacía estudio de lo que á su mujer le era grato en el orden del sentimiento para realizarlo como pudiera. Gustaba ella de dar limosna á cuantos pobres encontrase; pues él daría más, mucho

más. Ella solía admirar los casos de abnegación; pues él se buscaría una coyuntura de ser heroico. A ella le agradaba el trabajo; pues él se mataría á trabajar. De este modo devastaba el infeliz su alma, arrancando todo lo bueno, noble y hermoso para ofrecérselo á la ingrata, como quien tala un jardín para ofrecer en un solo ramo todas las flores posibles.

—Ya no me quieres—le dijo un día con inmensa tristeza;—ya tu corazón voló, como el pajarito á quien le dejan abierta la jaula. Ya no me quieres.

Y ella le respondía que sí; ¡pero de qué manera! Más valía que dijese terminantemente que no. «¿Por qué te vas tan lejos de mí? Parece que te causo horror. Cuando entro, te pones serio; cuando crees que no me fijo en ti, estás ensimismada y te sonríes como si en espíritu hablaras con alguien.»

Otra cosa le mortificaba. Cuando salían juntos á paseo, todo el mundo se fijaba en Fortunata, admirando su hermosura; luego le miraban á él. Suponía Maxi que todos hacían la observación de que no era él hombre para tal hembra. Algunos se permitían examinarle de una manera insolente. Si iban al café, estaban poco tiempo, porque los amigos se enracimaban alrededor de Fortunata sin hacer maldito caso de su marido, y éste tragaba mucha bilis. Lo que desorientaba más á Maxi era que ella no

tomaba varas con nadie, y siempre que él decía vámonos, estaba dispuesta á retirarse.

Buscaba el farmacéutico algo en qué fundar las conjeturas que empezaban á devorarle, y no lo encontraba. Ideó consultar el caso con su tía; pero no quiso dar su brazo á torcer, y temblaba de que doña Lupe le dijese: «¿Ves?, ¡por no hacer caso de mí!» ¡Celos! ¿Y de quién? Fortunata mostrábase con todos tan fría como con él. Solía esparcir melancólicamente sus miradas por la calle, entre el gentío, sin fijarse en nadie, cual si buscaran á alguien que no quería dejarse ver. Y después las miradas volvían á sí misma con mayor tristeza.

También atormentaban al joven los elogios que sus amigos le hacían de ella. «¡Qué mujer te tienes!», le decía *Pseudo-Narcissus odoriferus*. Y *Quercus gigantea* le silbaba en el oído estas fúnebres palabras: «Es mucha hembra para ti, barbián. Andate con mucho ojo.»

Pero doña Lupe le infundía ideas optimistas. ¡Parecía mentira! La perspicaz, la sabia y experimentada señora de Jáuregui dijo más de una vez á su sobrino: «¡Qué trabajadora es tu mujer! Siempre que vengo aquí me la encuentro planchando ó lavando. Francamente, no creí... Te ayudará, te ayudará. Y luego tan calladita... Hay días que no le oigo el metal de la voz.»

Con unas cosas y otras, el pobre chico apenas podía estudiar, y con mucho trabajo se pre-

paraba para la licenciatura. El asunto de su colocación se había resuelto ya, porque habiendo fallecido Samaniego á fines de Octubre, su viuda organizó el personal de la botica, dando una plaza á Maximiliano. Se convino entre doña Casta Moreno y doña Lupe que cuando el chico tomara el grado se le fijaría sueldo, y que pasado un año de práctica, tendría participación en las ganancias. Por el lado económico todo iba á pedir de boca, porque mientras llegaba el día de ganar con su profesión, podía vivir bien con la corta renta de la herencia. Lo malo era que desde que ingresara en la botica sería preciso ausentarse de su casa días enteros, y esto le ponía en ascuas. Ocurriósele entonces lo que se le ocurre á cualquier celoso, salir un día, diciendo que iba á la farmacia, y volver en seguida. Hízolo una vez, y no sorprendió nada: Fortunata estaba en la cocina. Repitió la treta, y lo mismo: estaba cosiendo. A la tercera, Fortunata había salido. Dos horas después entró, trayendo un paquete en la mano. «¿Que de dónde vengo? Pues de comprar unas cosillas. ¿No me dijiste que querías una corbata? Mírala.»

Una noche entró Maximiliano bastante excitado. Le tomó la mano á su mujer, y haciéndola sentar á su lado, le dijo á boca de jarro: «Hoy he conocido á ese pillo que te deshonoró.»

Fortunata se quedó como muerta.